

LOS LIBROS

LITERATURA

SANTA TERESA Y OTROS ENSAYOS,
por *Américo Castro*.

En el actual panorama intelectual hispánico, Américo Castro dignifica su alta situación en el magisterio con una labor revaluadora de primer orden sobre los clásicos peninsulares. Hombre de una pieza, sobrio y digno, ha sostenido sus convicciones con reciedad y elegancia. En su *Vida de Lope de Vega*, escrita en colaboración con H. Rennert, y en *El pensamiento de Cervantes* exhibe un saber vigoroso, una cultura rica y amenizada, junto a un estilo neto, pulcro y lleno de expresiones vivaces. Ahora aparece un nuevo volumen denso y sabroso de contenido: *Santa Teresa y otros ensayos* (1).

Su manera de ver a la santa doctora difiere de la habitual. Examina

(1) Publicaciones de Historia Nueva, Madrid, 1929.

el carácter de Teresa de Cepeda y nos dice que la halla «ni clínica ni empíreo». Equidistante de las apreciaciones aborregadas, sabe extender sobre su ensayo un soplo comprensivo que perfora lo inexplorado de su temperamento.

Santa clara, concreta, en su cerebro no hubo abstracciones ni oscuridades peligrosas. Prefiere el amor divino inspirado en la humanidad de Cristo, sin alambicamientos ni buceos en un mundo caótico de imágenes tenebrosas. En ella, las cosas se alumbran, se vivifican y encienden de un modo prodigioso.

Los místicos de más subido tono—Eckhart, Juan de Cruz—quemán sus sensibles naves al lanzarse a esa busca desenfrenada de lo absoluto, de lo que a nada está atado, abismo sin modo y sin fondo. Teresa, alma de fémica, transpone su querer dentro de su pensar y éste arrastrará siempre, como preciosa ganga, el tesoro de su emoción y de su fantasía. Teresa se torna en un clima propicio y apacible para lo divinal. Como mujer se dará toda, brava y heroica; pero no se desglosará en fría e impersonal razón. Por eso mismo tenemos

en su obra un arte cautivante, de temas nuevos y virginales, que no hallamos en las otras formas de lo místico. (Pág. 39.)

Olvida Castro decirnos que el instinto seguro de la ortodoxia guió siempre, de un modo certero, a la escritora mística. Su emoción se hace humana y diáfana y sus metáforas resplandecen como cosas vivas, que se identifican al habla castellana.

Esta parte del libro es fiel al programa trazado: ni fisiología ni empiro. La silueta espiritual de la santa surge palpitante, sin que la empañe ningún sectarismo.

Completan el volumen ensayos nutridos sobre tópicos diversos, que se renuevan en la visión de Américo Castro: la edad media, los mozárabes, las herejías provenzales, La Celestina y su falta de intención moral, el Duque de Osuna, y las actitudes frente al paisaje. Ante la Edad Media tiene atisbos geniales, que recuerdan a Chesterton y Belloc, intérpretes del espíritu religioso de esa época. Es admirable la ductilidad del profesor español ante los problemas de ese tiempo. Dice por ahí:

Esa colosal dialéctica de la Edad Media y el ambicioso proyecto de conquistar el Universo por medio de símbolos, lejos de suponer ignorancia y puerilidad (según se oye aún a menudo), son, al contrario, una gimnasia racional de primer orden. Por esa vía se prepara una de las mutaciones más grandiosas del espíritu humano. El hombre, de mero contemplador del orden divino que rige la naturaleza, se tornará rueda esencial de ese orden, que no admitirá sino a medida que su razón lo construya sobre bases firmes y objetivamente válidas. La Edad Media se

supera, pues, a sí misma, y con su aparente vejez sabrá dar origen a las formas más gráciles y fecundas del humanismo renacentista. (Pág. 90.)

Castro entiende y anima esa época en su ensayo breve pero certerísimo. Todo el resto del volumen está lleno de notas ágiles, de pinceladas de color, de comprensivos escolios. El poema de Flamenca es una delicia de traslado fresco y de gracia feliz en su restauración. La prosa castiza y gráfica del filólogo saca de su anonimato una serie de temas que se tornan poéticos y trasfunden una encendida emoción.

Después revisa a Erasmo y nos dice que a él deben Cervantes y Montaigne parte de su recia formación. Ya había insistido sobre ese tópico en *El pensamiento de Cervantes*.

El humanismo reveló que había un común denominador humano, que ata las épocas más alejadas y los países más distantes; con ese fin se lanzó el Renacimiento al estudio del pasado; y si la Inquisición hubiese estado más a mano, el estudio del sánscrito y del budismo habría sido paralelo al de la cultura greco-latina. El hombre de la Edad Media estaba prietamente circunscrito dentro del ámbito post-cristiano; el hombre anterior a Cristo había ido al infierno, salvo raras e indeterminadas excepciones; esa civilización medioeval consistía en un diálogo apasionado con la divinidad, acerca de la eternidad de la otra vida y la fugacidad de la presente, que corría «sicut umbra». (Págs. 171-2.)

Así se explica, con donaire, cómo el hombre renacentista irguió su yoísmo ante el misterio del cosmos. Desde entonces se buscó en el hombre la

razón de su propio ser. Los individualismos de todas especies, que se dan cima en la concepción nietzscheana del super-hombre, dimanar de la eclosión gigante del Renacimiento y la Reforma.

Erasmus, el Quijote, la Celestina pasan animando estas páginas, como estampas sugerentes, con vida y relieve propios; pero ceñidas siempre a una cultura bien orientada y liviana.

Américo Castro tiene algo del humanista en su acepción noble, desde su figura de caballero antiguo, con barba alongada y rostro pulcro. En su obra late un sentido fino de la cultura y sabe infundir sus conocimientos en dosis amables y envueltos en amplias vestiduras de belleza.

En el volumen reciente llaman sobre todo la atención los estudios dedicados a La Celestina y al paisaje en la literatura castellana. En el primero centellean los aciertos críticos. Castro anota que la muerte de Melibea disuena violentamente en el ámbito de las letras españolas. Ahí el pecado rueda junto con otros conceptos medioevales y se canta la vida libre y holgada.

Celestina aconsejará a la gentil Areusa:

Pues tú no puedes de ti propia gozar, goce quien puede; que no creas que en balde fuiste criada, que cuando nasce ella, nasce él. Ninguna cosa hay criada al mundo superflua, ni que con acordada razón proveyese della natura.

Gentes que así hablan ya han roto con el concepto medioeval y en sus venas gira la palpitación renacentista. Todo llega cambiado en esta con-

cepción: los linajes son discutidos, el honor rueda volcado por el instinto, la pasión levanta enérgica la cabeza lujuriosa. El suicidio mismo entra a actuar y corta una existencia macedrada por el deleite.

En estas líneas hay un cuadro sobrio y completo de la época.

Concluye el bellissimo libro, del que sentimos no hablar con más extensión, por requerir ello un largo estudio, con un ensayo nutrido sobre el paisaje en las sensibilidades castellanas. Nunca fueron ricas las letras españolas, herederas de lo más selecto del latinismo, en el sentido del paisaje. San Juan de la Cruz y Garcilaso sintieron el paisaje. También lo sintió Góngora, que lo deforma y adereza plásticamente en sus concepciones. Olvida Castro citar el Romanero, donde despunta el paisaje en unas bellísimas estrofas que hallamos citadas por Humboldt en su *Kosmos*.

La concepción clásica de la naturaleza está desprovista de todo dramatismo; la serranía y el paisaje agreste no tienen curso para su arte.

El sentimiento de la naturaleza no está bien estudiado en la literatura española. También cita Castro un estudio incompleto del Señor Lillo Rodelgo, pero nadie como el autor de *El Pensamiento de Cervantes* estaría capacitado para alargar tan admirable y tentador asunto.

Aquí, como en otros estudios del insigne filólogo, despunta su erudición y novedad para mirar los temas literarios. Es una lástima que muchos asuntos sólo se encuentren desbrozados.

Faltaría una ampliación que arro-

je luz sobre tópicos tan sugerentes como Gracián, el paisaje, La Celestina y Erasmo, aquí tan sólo delineados.

En tanto, constituye la reciente serie de ensayos un aporte agudo a la crítica comparada y merece juntarse a los trabajos de hispanistas como Bell, Carrol Marden, Morel-Fatio, Huntington, Thomas y Pflander.—*Ricardo A. Latcham.*

LE VOYAGE SANS BUT ET SANS FIN,
por *Lord Jim.*

El copioso año literario que acaba se ha cerrado con tres libros de viajes, cuya calidad diversa les da, sin embargo, un matiz novedoso dentro de la literatura chilena. El primero es de Eugenio Orrego Vicuña, cuya visita a Rusia lo movió a escribir *Tierras de Águilas*, libro movido y desigual.

El segundo constituye una original revelación de inteligencia pura, desprovista de la más elemental sensibilidad, pero, no obstante, rica de novedad y ameno agrado. Nos referimos a *Entre Budistas y Brahmanes* de Alejandro Vicuña. El tercero constituye un misterio, por el anónimo que lo envuelve, por la audacia de lo de que trata y por no corresponder a ninguna filiación conocida de escritor chileno. Lord Jim (1) escribe en francés con una corrección apreciable, con no poca finura y con cierto tino para no encharcarse en los

peligros de las anomalías sexuales, a que parece ser adicto.

Es curioso tal rebrote del viaje en las letras chilenas. También ha llegado esa etapa a nuestra lejana y amodorrada tierra, con otra particularidad no común: el interés hacia los tópicos sexuales propio de la post-guerra.

Lord Jim no es un escritor espontáneo. Su manera demuestra dificultad de concebir, sin que esto quite méritos a sus narraciones, que suelen ostentar rasgos poéticos y cierto nostálgico fervor gidiano por la Belleza con mayúscula. Esto de la belleza es casi siempre un pretexto ingenioso para disimular las debilidades del instinto.

Lord Jim es un escritor instintivo, que demuestra sinceridad y se adivina ajeno a la «pose». Parece que en su carácter dejó una huella férrea una sexualidad desviada. Podrían citarse varios textos para demostrar nuestro aserto, pero el espacio nos impide ceder a tal tentación.

Lo curioso, lo interesante es que con *Le Voyage sans but et sans fin* se introducen a la literatura chilena una serie de novedades: el escritor nacional que usa otra lengua; la preocupación de las anomalías sexuales y el exodismo de que hablaba Fernando Vandérem. El exodismo de Orrego y de Alejandro Vicuña es de otro carácter. Orrego es un enamorado de lo que ve. Exalta sin medida a un régimen que conquista sus simpatías. Alejandro Vicuña representa un tipo de viajero descontento, con nervios de acero y que no se deja conquistar por ningún encanto exótico. Ama el Occidente y defiende, en

(1) Santiago de Chile. Imprenta La Ilustración. 1929.